



Programa Regional "Ciudades Seguras: Violencia contra las mujeres y políticas públicas"

**TALLERES DE DEBATE EN TORNO A CIUDADES
MÁS SEGURAS PARA TOD@S:
“SEGURIDAD Y GÉNERO: CONVIVENCIA SOCIAL
EN EL ESPACIO PÚBLICO Y EL ESPACIO PRIVADO”**

Presentación*

El día 23 de enero de 2007 se llevó a cabo el Taller de debate “Seguridad y género: convivencia social en el espacio público y el espacio privado”, a cargo de Olga Segovia, Coordinadora del Programa Regional "Ciudades Seguras: Violencia contra las mujeres y políticas públicas". UNIFEM, Oficina de Brasil y países del Cono Sur.

Este Taller formó parte de un ciclo que se realizó durante el año 2006 e inicios de 2007, como una de las actividades del Programa Regional¹ “Ciudades Seguras: Violencia contra las mujeres y políticas públicas”, que es ejecutado por el Fondo de las Naciones Unidas para la Mujer (Unifem), Oficina de Brasil y países del Cono Sur, y Oficina Región Andina; y que es financiado por la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECE).²

En el Taller dirigido por Segovia, el debate se estructuró a partir de su texto, “Seguridad y género: convivencia social en el espacio público y el espacio privado”, próximo a ser publicado. En él, la autora desarrolla la idea de la importancia de promover y resguardar los espacios públicos como lugares de encuentro, de solidaridad, de interés y respeto por el Otro, donde las

* Transcripción realizada por Raúl Morales, y editada por Paulina Matta y Paula Rodríguez, SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación.

¹ Véase SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación, “Programa Regional Ciudades Seguras: Violencia contra las mujeres y políticas públicas”, en <<http://www.sitiosur.cl/unifem.asp>> (Consultado en marzo de 2007).

² El ciclo se enmarcó en la línea de sistematización y producción de conocimiento del Programa, que se propuso el fortalecimiento del debate público sobre la seguridad de las mujeres en las ciudades y la generación de propuestas de políticas públicas desde una perspectiva de género. En él se discutió, entre otros sobre qué significa y cómo construir una ciudad compartida para mujeres y hombres, qué es lo público y qué es lo privado en la ciudad, la construcción de lo colectivo en el debate urbano, la segregación (socioeconómica) y la fragmentación (sociocultural) de la ciudad, la participación paritaria (mujeres y hombres) en los ámbitos de decisión de las políticas de ciudad; de la importancia de que mujeres y hombres cumplan los mismos roles y actividades, de la necesidad de modificar la construcción del género; de cuáles son los factores que intervienen en la producción de determinados comportamientos; cómo se habla de la violencia, cuáles son los discursos que la interpretan, cómo se construyen las denuncias; cómo mujeres y hombres ocupamos el espacio de maneras muy diferentes.

personas se encuentran con el desconocido, y se entrelazan y entretajan relaciones. A partir de ello, Segovia pregunta cuáles son los espacios sociales y físicos que pueden intervenir en la construcción de una vida más segura para las mujeres. Lo anterior, tomando en cuenta que, de acuerdo con diversos autores, el hogar es el espacio más inseguro para las mujeres y que el peligro no procede de un desconocido, sino de los hombres que las mujeres conocen; y que el género es un predictor de temor —entendido el primero como la construcción social de roles femeninos y masculinos y la valoración que hacemos de ellos—, porque el riesgo de ser víctimas se relaciona con una subordinación histórica y persistente que es producto de las relaciones desiguales entre ambos sexos.

Participaron Rodrigo Salcedo, sociólogo, del Instituto de Estudios Urbanos de la Universidad Católica, quien comentó la exposición de Segovia, Roberto Fuentealba, de Radio Tierra; Paloma Abett, de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano; Daniela Bertholet, de Asesorías para el Desarrollo; Anahí Alarcón, egresada de psicología; Alejandra Martínez, de la Municipalidad de Cerro Navia; Paulina Jáuregui, de la Universidad Diego Portales; Seawon Lee, estudiante de Maestría; Marcos Bustos, egresado de sociología; Verónica de la O, estudiante de sociología; Alfredo Rodríguez, Marisol Saborido, Patricia Boyco, Luis Magallón y Paz Bartolomé, de SUR Corporación.

Todos ellos debatieron a partir de la exposición de Segovia, profundizando en los temas planteados por la autora, como la degradación del tejido social que implica la apropiación excluyente o la pertenencia excluyente de espacios por ciertos grupos, en especial de hombres jóvenes, lo que impide que esos espacios sean utilizados por mujeres, adultos mayores, niños e incluso por otros hombres; de la necesidad de disputar dichos espacios, disputa que no sólo es territorial o geográfica, sino también social o cultural.

Destacamos las intervenciones en las que se señaló la necesidad de empoderar a otros sectores para cuestionar esos usos excluyentes; de conversar de la inseguridad como un proceso aprendido, de los orígenes de la inseguridad femenina, de la necesidad de reducirla y de co-producir seguridad; de la importancia de discutir la dicotomía que señala que el espacio público es de los hombres y el privado, de las mujeres, no sólo porque es en los espacios privados donde las mujeres son victimizadas en mayor número y en la mayoría de las ocasiones sino porque, como se señaló en el debate, “si bien hay roles, si bien hay espacios diferenciados, si bien hay lógicas de acción diferentes, las personas son las mismas en ambos espacios”. Asimismo, de quienes señalaron la recuperación del barrio como un espacio de intermediación; de cómo se construyen las percepciones de inseguridad en los medios de comunicación; de la necesidad de legitimar la heterogeneidad; de la importancia de distinguir entre los tipos de violencia de los que son víctimas las mujeres, porque, como se indicó, no todas las violencias “son obvias, evidentes, lo que lleva a que se entienda por violencia sólo la delictual”. Y de la necesidad de crear instancias de intercambio, diálogo y convivencia, donde mujeres y hombres compartan roles, espacios y responsabilidades sociales; entre muchos otros temas.

SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación, marzo de 2007.

DEBATE

ALFREDO RODRÍGUEZ: Hoy estamos reunidos para participar del taller “Seguridad y género: convivencia social en el espacio público y el espacio privado”, realizado como parte de las actividades del Programa Regional “Ciudades Seguras: Violencia contra las mujeres y políticas públicas”, el cual es ejecutado por el Fondo de las Naciones Unidas para la Mujer (Unifem), Oficina de Brasil y países del Cono Sur, y Oficina Región Andina; y financiado por la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI).

Este taller forma parte de un ciclo que se enmarca en la línea de sistematización y producción de conocimiento del Programa, el que se propone el fortalecimiento del debate público sobre la seguridad de las mujeres en las ciudades y la generación de propuestas de políticas públicas desde una perspectiva de género.

La expositora es Olga Segovia, coordinadora del Programa Regional “Ciudades Seguras: Violencia contra las mujeres y políticas públicas”, Unifem, Oficina de Brasil y países del Cono Sur. Comentaré Rodrigo Salcedo, sociólogo, Doctor en Ciencias Políticas y profesor del Instituto de Estudios Urbanos de la Universidad Católica.

OLGA SEGOVIA: Abordar el tema de la convivencia y seguridad ciudadana desde una perspectiva que distinga la vida de las mujeres y las relaciones entre los géneros supone, a mi juicio, indagar en las restricciones y en las perspectivas de construir lugares, territorios y relaciones de más inclusión y de más equidad. Implica crear más confianza en el espacio público y en el espacio privado, en nuestro imaginario urbano y en nuestra cotidianidad. La convivencia en la ciudad — para hombres y mujeres— no es ajena a su experiencia de seguridad y resguardo, o temor y desprotección, en los espacios en que les toca vivir y actuar.

Las preguntas que guían este texto son:

- En un contexto de transformaciones urbanas, ¿cómo está siendo afectada la convivencia de ciudadanas y ciudadanos? ¿Cuáles son las expresiones de la violencia en las ciudades, y el consiguiente temor en mujeres y hombres?
- ¿Cuáles son los avances y los desafíos en el debate en relación con las políticas públicas dirigidas a construir ciudades más seguras?
- ¿Qué lecciones podemos distinguir en la construcción de nuevas estrategias y propuestas relativas a la seguridad de hombres y mujeres en las ciudades?

En las últimas décadas, la vida social urbana se ha hecho más compleja como resultado de una serie de fenómenos económicos, sociales, culturales y tecnológicos. Entre otras cosas, se han modificado los intercambios sociales, el uso del tiempo y las formas de movilidad y comunicación. Remedi sostiene que entre estas transformaciones, quizás la más notable y emblemática sea la modificación sustancial del espacio social. Este autor destaca que en este proceso de cambios, la organización espacial de las desigualdades —que ha dado lugar a ciudades fracturadas en zonas de distintas clases sociales o culturas— ha levantado muros (reales y mentales) infranqueables que impiden no sólo encontrarse, sino incluso verse, imaginarse y pensarse como pares, vecinos, conciudadanos.

En este contexto de cambios y de tendencias contradictorias, muchas de las ciudades en América Latina viven en una tensión entre formas extremas de tradición y de modernización global, que se expresa en un salto de escala, por una parte, y en el incremento de las desigualdades sociales, por otra. Las ciudades parecen ser hoy más inabarcables, más desconocidas, menos legibles y, por tanto, fuente de temores y diferencias irreductibles.

Según análisis de diversos organismos internacionales, entre ellos el PNUD, la violencia urbana se ha convertido en uno de los mayores flagelos de los países de América Latina. Esta región aparece con el más alto índice de violencia homicida en el mundo. Asimismo, se sostiene que la inseguridad forma parte de las preocupaciones de la mayoría de los ciudadanos en todos los países de la región, sólo superada por las relativas a aspectos económicos y laborales.

En mi opinión, enfocar la seguridad desde una perspectiva de convivencia ciudadana presupone identificar, en primer término, una tensión que subyace en el debate actual: la contradicción entre la preservación y el fortalecimiento del tejido social en la ciudad, por una parte, y una tendencia a la “privatización” de la vida social, por otra.

Esta contradicción —marcada en forma importante por la presencia del tema de la inseguridad y la violencia— es particularmente relevante en la vida de las mujeres y, así, en la construcción de modos de vida que contribuyan a una mayor equidad de género; en definitiva, a ampliar los límites de la autonomía y a una realización plena de todas y todos.

En este escenario de cambios complejos parece prevalecer la imagen de que la vida en la ciudad está cada vez más concentrada en lo privado, en lo individual, en el espacio de lo propio y de lo exclusivo. Se da la tendencia a suponer que lo que puede contener una casa o el entorno inmediato alcanza para hacer posible una vida satisfactoria. Borja sostiene que el refugio en la vida privada es funcional al actual modelo de urbanismo globalizado. Desde esta mirada, el concepto y la creencia de contener el mundo en la casa y en el barrio, así como en sus complementos —la autopista y el automóvil— son simultáneamente resultados y causa de una nueva manera de organizar el espacio urbano y de relacionarse en él.

En este contexto de construcción social de la inseguridad se abandona el espacio público; se pierde la solidaridad, el interés y respeto hacia los “otros”. La percepción de inseguridad y el abandono del espacio público en su dimensión física, social y simbólica, funcionan como un proceso circular y acumulativo. Si se pierden los espacios de interacción social, los lugares en donde se construye la identidad colectiva, también aumenta la inseguridad.

Sin embargo, una de las condiciones importantes para el desarrollo de una comunidad es la existencia de un espacio público de encuentro, de co-presencia: de una convivencia segura. Por tanto, es medular preguntarse lo siguiente: ¿Cómo resguardar (y no destruir, por temor) los lugares colectivos de encuentro? ¿De qué forma reforzar una convivencia ciudadana que ahuyente el fantasma (real e imaginario) del miedo?

Es significativo que cuando pensamos en las ciudades, nos refiramos al “tejido urbano”. Las ciudades, casi por definición, son el lugar donde la gente desconocida se encuentra, se entrama, se “entreteje”. Tampoco es casual que la ciudad haya sido, históricamente, el “escenario” natural del ciudadano en tanto “actor” social. Remedi señala que la ciudadanía está vinculada con la experiencia de la ciudad y la participación en una red o “entramado” de espacios sociales, organizaciones y movilizaciones de variada índole y sentido, abiertos y disponibles a la ciudadanía.

¿Qué entramado de espacios sociales y físicos pueden intervenir en la construcción de una vida más segura para las mujeres?

Frecuentemente se habla de lo público y de lo privado, de lo abierto y cerrado —con un sentido político, espacial y psicológico—, conectando esquemática y tradicionalmente estos conceptos con el hombre y la mujer. El espacio del descubrimiento y la conquista es comprendido como principio masculino; el espacio de la protección, de la apropiación cotidiana de las cosas —el espacio de la casa—, como principio femenino. Y este espacio de la casa, considerado terreno propio de la mujer, que puede ser el ámbito de la intimidad y de la identidad personal —la casa es un lugar privilegiado al referirnos a los valores de la intimidad del espacio interior— también puede significar un claustro, un lugar de encierro, de restricción y de violencia.

En muchas de las ciudades de América Latina, hombres y mujeres, jóvenes, niños y niñas, tienen una relación paradójica con el espacio que habitan, en el sentido de que esa relación se construye como si se tratara de la propia de habitantes de un gueto: “Yo soy de aquí, y tú eres de allá (o vienes de otra parte); yo soy de tal grupo, tú eres de otro (por tanto, yo soy distinto y mejor que tú)”. Estas percepciones, explicitadas de distintas formas, marcan una pertenencia *excluyente* a un lugar: “Vivo en o soy de un edificio o calle, de un barrio, de una zona y/o a un grupo de edad, de sexo, de interés”. No hay comunicación, no hay intercambio y sentido de pertenencia a un territorio común con los otros. De esta forma, se deja de formar parte de una ciudad en la que los otros están incluidos al igual que uno.

Por ejemplo, en Santiago de Chile, un estudio realizado en poblaciones conformadas por conjuntos de vivienda social mostró que la apropiación excluyente de un lugar por parte de grupos de hombres jóvenes, o por una sola función, convierte a dicho espacio en un lugar socialmente estigmatizado o restringido, al cual quienes no pertenecen deciden no acudir, o no se sienten invitados a hacerlo. Así se observó en el registro realizado sobre el uso de los espacios públicos de tres conjuntos de vivienda social: los niños y niñas pequeños —de 0 a 3 años de edad— no están en los espacios públicos; los adolescentes, particularmente de género masculino, son el grupo con mayor presencia; los adultos mayores no frecuentan los espacios públicos; es significativa la mayor presencia de hombres que de mujeres.

¿Qué significa que niñas y niños estén ausentes de los espacios públicos cercanos a su vivienda?

Esta “ausencia” denota como problemas prioritarios el *miedo*, la *desconfianza* y el *malestar* de las madres, expresados en entrevistas y en conversaciones grupales. La percepción de riesgo que comunican las mujeres se vincula tanto a las condiciones físicas de los conjuntos (escaleras, balcones, basura) como a su ambiente social (otros niños, padres y/o jóvenes). Así, el miedo como emoción que orienta la conducta de los adultos repliega a las niñas y niños hacia el espacio manejable y restringido de la vivienda. El corolario del miedo es el encierro de los menores, la pérdida de libertad; también la restricción de sus posibilidades de juego y esparcimiento, del desarrollo de la motricidad y del gasto de energía propios de la primera infancia. En este marco, se reduce y acota la posibilidad de los menores de descubrir “el mundo”, de que se produzca en ellos esa apertura hacia los otros que va paralela a la exploración del entorno, de que se de cauce al desarrollo de la sociabilidad.

El miedo de las mujeres se asienta en la falta de confianza en el espacio exterior, que implica riesgo. Sin embargo, el encierro-repliegue se realiza a sabiendas de lo inapropiado de las viviendas para el desarrollo de sus hijas e hijos: viviendas de pequeña superficie que limitan su desarrollo.

Por tanto, el fortalecimiento de la convivencia social en espacios públicos seguros a escala de barrios y a escala de la ciudad es un desafío para las políticas sociales, tanto habitacionales y urbanas como sociales y culturales. Una activa política de espacios públicos de calidad, que impulse y fortalezca un uso intensivo y diverso de ellos y que promueva una acción positiva hacia grupos vulnerables y de riesgo, contribuye eficazmente a crear un ambiente de seguridad. El espacio público calificado es un mecanismo esencial para que la ciudad cumpla su función iniciática de socialización de niñas y niños, adolescentes y jóvenes, de colectivos marginados o considerados de “riesgo”, de acuerdo con Borja y Muxí.

Una mayor integración social supone en parte importante organizar la diversidad local: instaurar, preservar y promover la comunicación entre grupos de actores diferentes: grupos de jóvenes, mujeres, adultos mayores, deportistas, etc., que habitan un territorio común. Es a partir de un proceso de articulación integral de historias, intereses y requerimientos particulares, que se genera y preserva un patrimonio público. La experiencia muestra que los proyectos compartidos que posibilitan la cooperación son piezas clave en la construcción de la identidad colectiva, aportan en muchos sentidos a una pertenencia territorial, espacial. En este sentido, la recuperación de la memoria histórica, la celebración de fiestas y aniversarios, la definición de nombres para plazas y calles, constituyen un patrimonio intangible que es importante fortalecer.

Al analizar la ciudad como conjunto, la condición de gueto de muchos territorios de pobreza o riqueza muestra que las relaciones en y con los espacios públicos de la ciudad están cortadas; sólo son posibles interacciones neutras o basadas en el conflicto, en la inseguridad. El paradigma de esta desconexión es la fragmentación de la vida urbana, provocada en muchos casos por la apropiación del espacio por finalidades o grupos sociales excluyentes.

¿Cómo viven el temor las mujeres? Dammert sostiene que la literatura internacional concluye que el género es uno de los principales predictores del temor, argumentando que esta percepción de las mujeres en cuanto al riesgo de ser víctimas de una agresión en gran medida tiene su origen en la condición de subordinación histórica que han conocido y las relaciones desiguales entre ambos sexos. Por tanto, es clave reconocer que el temor de las mujeres no aparece en forma espontánea, sino que es parte de un proceso aprendido y socializado.

La sensación de inseguridad de las mujeres —especialmente vinculada con la alta presencia de violencia en la esfera privada, el hogar— y su condición de subordinación en la cultura patriarcal, han influido sobre la forma en que las mujeres se relacionan con el espacio (en especial el público) y el tiempo. Esta situación se acentúa cuando las mujeres, guiadas por el temor, abandonan el espacio público, utilizan las ofertas de la ciudad con menor frecuencia, cambian sus recorridos; es decir, redefinen y restringen el tiempo y el espacio del intercambio.

El espacio público favorece la vida en el ámbito privado. Ésta fue una de las conclusiones de la investigación “Espacios públicos urbanos y construcción de capital social: estudio de casos en ciudades de Chile”. En todos los casos estudiados en ella se manifiesta que la existencia de los espacios públicos ha contribuido a la sociabilidad de residentes del entorno y usuarios en general. Desde la perspectiva de la comunidad entrevistada, los espacios públicos contribuyen a aumentar las capacidades de vínculo con personas conocidas y desconocidas, plantear demandas y dialogar con las autoridades, desarrollar situaciones de intimidad familiar o con conocidos que no se pueden dar en los espacios privados o familiares, e incrementar la autoestima.

Los lugares analizados son muy concurridos por familias, las cuales atribuyen un gran valor a las oportunidades de recreación y esparcimiento, juntos padres e hijos, que les ofrecen parques y

plazas. Esto es de enorme importancia en el caso de familias cuyas viviendas son extremadamente pequeñas, y muy en especial en el caso de edificios de departamentos. El espacio público juega a veces el papel de desahogo del espacio cotidiano, permitiendo aislamiento temporal en relación con el grupo familiar u otras formas de sociabilidad distintas a la del espacio doméstico. De esta forma, los espacios públicos benefician la vida pública tanto como la privada. El espacio público facilita el desarrollo de cualidades y habilidades que, por un lado, vinculan la vida privada con el mundo público; y por otro, pueden ser usadas tanto en un plano como en el otro.

Lo anterior no coincide con la imagen que transmiten algunos medios de comunicación, que presentan el espacio público como una suerte de enemigo ante el cual hay que resguardarse fortaleciendo las barreras del espacio doméstico. Sin embargo, este último puede ser igual o incluso más peligroso que el público: baste ver las crónicas y estadísticas de violencia intrafamiliar. El hecho de que el espacio público desahogue al privado de algunas de las consecuencias del hacinamiento y la convivencia forzada, parece contradecir algo que se ha erigido en sentido común: que el uso del espacio público es antagónico a la vida familiar (protección versus peligro, convivencia versus dispersión).

Si en la vida doméstica se desarrollan habilidades que pueden fortalecer la sociabilidad, el espacio público ofrece un escenario privilegiado para el enriquecimiento de vínculos privados. Se puede concluir que no sólo no hay contradicción entre el uso del espacio público y el fortalecimiento de características personales, de índole individual o privada, sino que se realimentan mutuamente. Más aún, la investigación a la que hemos hecho referencia demostró que los usuarios del espacio público experimentan hacia ellos sentimientos de cobijamiento y desahogo similares al que a veces se dan en espacios privados; o bien que el espacio público sirve como medio para volver hacia lo privado o familiar en nuevas condiciones.

En síntesis, la satisfacción relativa a los espacios públicos se constituye a partir de nudos, de encuentros y desencuentros de dos ámbitos, el privado y el público, más las habilidades y experiencias que se adquieren o practican en cada uno de ellos.

Diversos estudios muestran que, para la población femenina, el hogar resulta uno de los espacios más inseguros; que las mujeres son destinatarias de violencia sistemática en el ámbito familiar. Tamayo subraya que “sin excepción, el mayor riesgo de violencia para la mujer procede no del ‘peligro que representa un desconocido’, sino de los hombres a los que conoce”.

Numerosos estudios y experiencias muestran que una activa política de espacios públicos de calidad, que impulse y fortalezca un uso intensivo y que promueva una acción positiva hacia grupos vulnerables y de riesgo, contribuye eficazmente a crear un ambiente de seguridad.

Como dicen María Ángeles Durán y Carlos Hernández en el libro *La ciudad compartida*, “la buena organización de la convivencia tiene que permitir la participación en lo común, pero también tiene que salvaguardar la protección a lo distinto, a lo específico”.

El cruce conceptual entre género y seguridad es un tema innovador que se encuentra en un proceso de construcción de conocimientos. Este nuevo debate posibilita incorporar nuevas distinciones al análisis y permite la generación de respuestas más complejas y completas a las problemáticas actuales.

En mi opinión, un tema clave en el debate conceptual y metodológico es la redefinición de los términos *público* y *privado*.

Por lo general, el concepto de *seguridad ciudadana* ha sido sinónimo de seguridad en el *espacio público*. Esta perspectiva reafirma la idea de que es allí donde están la violencia y la inseguridad, y que el hogar es el lugar acogedor, el espacio del refugio, exento de violencia, lo que ha tenido connotaciones importantes en las respuestas que han entregado las políticas de seguridad ciudadana ante la violencia ejercida contra las mujeres, al ignorar que el hogar es el principal foco de inseguridad para ellas.

¿Qué significa y qué implica este enfoque? Implica, en gran parte, sostener que si la violencia se da en el espacio privado, el del hogar, constituye un problema ajeno y al margen del debate y la responsabilidad pública y política. Ello, a su vez, significa desconocer o ignorar que los hechos o fenómenos de violencia e inseguridad están entrelazados con las condiciones e imaginarios de la convivencia social en toda su complejidad.

Una de las conclusiones centrales de los expertos al analizar las políticas de seguridad es que ellas son una tarea de todos; que el problema no es exclusivamente policial y, por lo tanto, la *coproducción* de la seguridad se impone. La experiencia de muchos países lo demuestra. Es importante observar los esfuerzos de coproducción de la seguridad que involucran a la sociedad civil en países como Canadá, y en otros de la Unión Europea, África del Sur.

Gomáriz y García advierte un punto importante: “El problema en América Latina es que esa paradoja (democratización de la idea de seguridad, al tiempo que aumenta la inseguridad ciudadana) requiere de considerables esfuerzos de los poderes públicos para responder adecuadamente a los retos de una apropiada seguridad ciudadana. Sistemas judiciales y penales atochados, policías con poca capacitación profesional, etc., son evidencias que permanecen día a día en toda la región”.

El PNUD se refiere a la existencia de una discusión en torno a los conceptos que deben ser usados para identificar una política pública dirigida a prevenir y reducir los índices de violencia y delincuencia de una sociedad. Al respecto, subraya que este debate es entre la noción de ‘seguridad pública’ —usada en varios países de la región— y ‘seguridad ciudadana’, un concepto acuñado en Latinoamérica y aplicado en la segunda mitad de la década de los noventa. Por otra parte, precisa que en algunos países se ha empezado a manejar la noción de ‘convivencia y seguridad ciudadana’ para significar un contenido más comprensivo, lo que ha generado reacciones de escepticismo, según las cuales ese concepto induce a una visión concentrada en lo preventivo, con resultados a muy largo plazo.

Desde mi perspectiva, la noción de *convivencia* —vivir en compañía de otros— sitúa en una perspectiva interesante el concepto de seguridad ciudadana. Este concepto, como lo señalan los documentos del PNUD, adquiere una connotación de ausencia de violencia en las relaciones interpersonales y sociales, por lo que una política pública que se denomina como de convivencia ciudadana claramente irá dirigida a modificar reglas de comportamiento que regulan dichas relaciones, para disminuir los índices de violencia. El concepto de convivencia resalta, además, la noción de vivir en medio de la diferencia, tema de especial relevancia en las sociedades contemporáneas, caracterizadas por la heterogeneidad y el multiculturalismo.

Meentzen y Gomáriz han señalado en diversos trabajos los cambios paradigmáticos en el enfoque de género. Estos autores identifican un proceso que transcurre entre los enfoques de Mujer en Desarrollo y la propuesta Género-Inclusiva. Sostienen que la propuesta Género-Inclusiva busca reimpulsar el avance hacia la equidad de género; utiliza el enfoque de género, tanto para hombres, como para mujeres, haciendo de esta manera compatible la promoción de la

mujer con la inclusión de los hombres. Los mismos autores explican la corriente de Democracia de Género, la cual “nace de la percepción que se genera en distintos sectores y países, de que también en el campo de la acción para la equidad de género ha llegado ya el momento de ajustar el enfoque para reimpulsar el avance de su extensión al conjunto de la sociedad”. Estos nuevos planteamientos, por ejemplo, han sido expresados en la Resolución de la Sesión Especial de la Asamblea General de las Naciones Unidas, denominada *Beijing + 5*. En el tercer párrafo sobre desafíos actuales que afectan la implementación completa de la Declaración de Beijing y la Plataforma de Beijing se afirma: “El contexto cambiante de las relaciones de género, así como la discusión sobre equidad de género, han conducido a una creciente reevaluación de los roles de género. Esto ha impulsado una discusión más profunda sobre los roles y responsabilidades de mujeres y hombres trabajando juntos hacia la equidad de género...”.

En relación a la seguridad ciudadana, Giulia Tamayo plantea que un enfoque de género trataría precisamente de “hacer de la equidad de género una dimensión transversal de las políticas de seguridad, de modo que hombres y mujeres sean igualmente significativos y valorados como destinatarios de la acción institucional”. Por lo tanto, una participación igualitaria (de género) podría asegurar que el conjunto de agencias encargadas de gestionar la seguridad respondan con sensibilidad y eficacia a las necesidades de protección de las personas, sin distinciones arbitrarias.

Al abordar ciertas construcciones sociales que movilizan discriminación y violencia, el enfoque de género advierte sobre algunos hechos que, particular o desproporcionadamente, afectan a las personas en razón de género. La igualdad entre hombres y mujeres y la prohibición de discriminación, cualquiera sea su índole, siguen siendo los valores más resistidos en términos prácticos y de políticas. Estas son dimensiones que toda política responsable en materia de seguridad debe abordar ineludiblemente en la hora actual.

En términos operativos, la incorporación del enfoque de género, según Tamayo, “busca aportar en la identificación y análisis de factores, y en la formulación de políticas y medidas, para que la acción institucional elimine distinciones arbitrarias entre hombres y mujeres, y enfrente adecuadamente los patrones criminales que producen lesividad sobre las personas y que impiden alcanzar el horizonte de una sociedad segura”.

Backhaus, al tratar la seguridad ciudadana, sostiene que el enfoque de género puede contribuir a identificar y articular múltiples dimensiones para la comprensión y una gestión más exitosa de la seguridad en general. Afirma la necesidad de “acercarse al tema de la seguridad ciudadana desde una perspectiva de género, que nos permita hacer visible cómo los conceptos de masculinidad vigentes se convierten en riesgos para la seguridad de toda la ciudadanía; cómo los cambios de estos conceptos tendrían beneficios también para los hombres, y cómo desarrollar estrategias educativas y preventivas más exitosas”.

En la perspectiva de frenar la violencia de género y disminuir el impacto de la inseguridad en las mujeres: ¿qué lecciones y nuevas estrategias se pueden distinguir?

Una conclusión general que se impone es la necesidad de abordar más global e integralmente las diversas dimensiones de esta temática. Es decir, se debe diseñar políticas que consideren la coproducción de la seguridad, políticas de seguridad que tengan la capacidad de movilizar y articular a los diversos actores de la sociedad.

Tras este breve recorrido por un tema que sigue abierto y exigiendo nuevas miradas, quiero terminar con la misma frase con que ponen fin a su libro María Ángeles Durán y Carlos Hernández: “La ciudades son al mismo tiempo compartidas y excluyentes. A quienes las viven y las aman, les toca transformar su realidad para acercarlas al modelo al que aspiran para el próximo futuro”.

ALFREDO RODRÍGUEZ: Gracias, Olga. Ahora Rodrigo Salcedo comentará tu exposición.

RODRIGO SALCEDO: Yo quería hacer un comentario respecto a una cosa contextual, y después en relación a cinco puntos que yo, como Olga, encuentro bien interesantes. Primero, el contexto.

Es interesante al menos mencionar que, salvo que uno sostenga una perspectiva marxista ortodoxa y reduzca todo conflicto a una lucha de clases económicas, finalmente hoy día uno puede decir que no solamente hay una desigualdad, sino que hay muchas otras desigualdades. Si bien esas desigualdades o esas luchas por la igualdad se influyen mutuamente, corren por caminos paralelos o distintos. Entonces, podemos tener un país que es profundamente desigual en lo económico, pero probablemente es menos desigual en lo medioambiental o más desigual en lo uno o en lo otro. Entonces, el contexto chileno actual, y se podría decir latinoamericano, es uno de creciente desigualdad en lo económico; pero en él las desigualdades de género, o los diferenciales de poder de género, lentamente tienden a reducirse. Esto tiene que ver con la incorporación de la mujer al mercado del trabajo, con la postergación de la maternidad, con el mayor control de la sexualidad y con el acceso a cargos de poder en distintos lugares. No creo que esto sea trivial porque, finalmente, todas las convenciones, todas las acciones de política pública emprendidas, son posteriores a los años nuestros.

El que se hable este tema hoy día es resultado de un proceso de logros en las transformaciones del diferencial de poder. O sea, hace quince años esto no era un tema, y la violencia doméstica era algo que estaba absolutamente escondido en la sociedad, no se podía hablar de ella. Era hasta políticamente incorrecto hablar. Hoy día es al revés; hoy día lo políticamente incorrecto sería esconder la cabeza con respecto al tema, al menos en ciertos sectores. Entonces, ese es un tema interesante. Y si bien yo puedo tener una postura muy crítica con respecto a lo que está pasando, la verdad es que esa postura crítica se da en un contexto en el que las cosas, al menos en algo, están cambiando.

Quería además referirme a cinco conceptos que Olga trató, y que me parecen centrales para la discusión mayor. El primero es la apropiación excluyente o la pertenencia excluyente. Olga nos dice que se produce una degradación social y se reducen las interacciones porque hay determinados espacios que son apropiados en forma excluyente por ciertos grupos sociales. El caso más típico es el de los jóvenes delincuentes en las poblaciones. Son jóvenes mayormente hombres que se toman ciertos espacios y que evitan que esos espacios sean ocupados por los niños, por las mujeres, por los adultos mayores, e incluso por otros hombres mayores. Eso es lo que finalmente termina por estigmatizar el espacio y alejar de él al resto de la sociedad.

Ahora, yo creo que lo que hay discutir es cuáles son las condiciones que posibilitan que un espacio sea apropiado en forma excluyente. O sea, ¿por qué ocurre? Ahí uno podría preguntar: ¿qué otro tipo de apropiaciones excluyentes existen? Entonces, vienen a la memoria dos tipos de apropiaciones excluyentes o dos actores que pueden generar apropiaciones excluyentes. Uno es la propiedad privada: yo uso y abuso de mi propiedad privada como se me antoja. Y otro tiene que ver con los lugares que el Estado señala que no se pueden apropiar. Instalaciones militares, por ejemplo. En ambos casos nos encontramos con dos conceptos que son relevantes y que

sustentan esta apropiación excluyente: legitimidad y poder. Yo legítimamente tengo el derecho de excluir a otros; y no solamente tengo el derecho, sino que además tengo el poder para excluirlos. En el caso de la propiedad privada esto se llama el derecho a propiedad; y en el caso del Estado, soberanía. Yo puedo decir que alguien está violando mi propiedad, y entonces lo puedo echar.

Existen además otras apropiaciones excluyentes, que podríamos llamar apropiaciones excluyentes cuya legitimidad se encuentra en disputa. No quiero llamarlas directamente ilegítimas, porque mientras nadie las discuta, la verdad es que no son ilegítimas. Pongo un ejemplo: hace treinta años, la apropiación excluyente que hacían los hombres de los bares no tenía nada de ilegítimo; no había nadie disputándole a ese grupo que se apropiara excluyentemente de ese espacio. Finalmente, lo que tenemos que construir es que esa disputa exista, que haya una disputa y que podamos efectivamente decir: “aquí hay una apropiación excluyente, porque yo me estoy oponiendo y no me dejan”. En ese sentido, esa disputa no es solamente territorial y geográfica, sino que es social y cultural a la vez. Finalmente, lo que nos queda para cuestionar estas apropiaciones excluyentes tiene que ver con dos cosas: uno, cuestionar la legitimidad de ellas: “ustedes no tienen derecho a hacer esto”, “ustedes, como actores, como grupo social, no tienen derecho a impedirnos a nosotros —otros grupos sociales— que nos apropiemos de ese territorio”. Segundo, tiene que ver con empoderar a los sectores sociales que están cuestionando ese uso excluyente. Y el empoderar, en algunos casos, significará crear organización social; pero en otros casos también significará protección policial o vigilancia. En este sentido, la lucha de la sociedad en su conjunto tiene que ver con el derecho de todos los ciudadanos a evitar que se produzcan apropiaciones excluyentes no legítimas. Ese es un derecho que, como sociedad, deberíamos empezar a considerar; empezar a discutir qué es legítimo y qué es ilegítimo que un grupo se apropie, y por qué es legítimo y por qué es ilegítimo. En los años sesenta y setenta cuestionábamos la legitimidad del derecho a la propiedad, y decíamos que ni siquiera la propiedad privada es legítima bajo ciertas condiciones. Hoy día es probable que esa propiedad privada no esté en cuestión como algo ilegítimo, pero sí uno puede cuestionar muchos otros planos de legitimidad.

Un segundo tema que me parece relevante y que me llevó mucho a la reflexión, es lo que señalaba Olga acerca de la inseguridad como un proceso aprendido. Entonces, hagamos la discusión central, primero, de que una cosa es la posibilidad real de ser víctima de un delito, y otra es la percepción de inseguridad o el temor. Ambas corren por carriles absolutamente visibles. De hecho, si uno compara las tasas de criminalidad en América Latina, la verdad es que la criminalidad —la del crimen violento— en Chile es bajísima; y, sin embargo, tenemos una de las tasas más altas de miedo al crimen. Entonces, ¿qué es lo que Olga nos dice que es aprendido? La verdad es que lo que es aprendido es el temor, es el miedo, es la percepción de inseguridad. Nos dice que ese temor, ese miedo, es aprendido en forma desigual. Ese temor es superior en las mujeres que en los hombres. El género es un determinante, es un predictor importante en relación al grado de temor. ¿Qué es interesante de esto? Que finalmente, cuando discutimos socialmente en el debate político qué es lo que nos lleva al miedo, por qué tenemos este miedo al crimen, el mundo político tiene dos respuestas, ambas cliché. Respuesta uno: son los medios de comunicación. La respuesta típica es: “Si ustedes nos bombardean todos los días con titulares de crímenes, descuartizamientos, violaciones, etc., es imposible que no haya miedo”. Y la segunda respuesta viene del mundo político más progresista (por decirlo así), y es plantear que “no sólo son los medios de comunicación, sino que además hay un discurso articulado por un sector

político que es transversal en América Latina, que es una derecha populista, que sustenta parte de su electorado en la generación de miedo en la sociedad”.

Bueno, hasta ahí es fácil, porque podríamos decir “en realidad, los titulares de prensa nos afectan a todos, y la derecha está ahí, en todas partes igual”. El problema es que en el caso de la inseguridad femenina, estos factores que se nombran habitualmente están mediatizados por cosas que son mucho más profundas. Están mediatizados por factores culturales y sociales. Nos estamos quedando cortos en el discurso de echarle la culpa de la inseguridad a los medios de comunicación, cuando la inseguridad tiene causas muchísimo más anteriores que la simple propensión de los medios a insegurizarnos. En ese sentido, me llama a la reflexión lo que habla Olga acerca del aprendizaje, quizás no tanto en términos cognitivos, sino el hecho de que este aprendizaje puede asimilarse en buena medida a lo que Simone de Beauvoir llama la “otredad ontológica” de la mujer.

Entonces, finalmente la inseguridad femenina no nace de situaciones concretas, como un titular de prensa; no nace de la ocurrencia de un crimen, sino que es simplemente preexistente. O sea, es una expectativa de comportamiento que es consciente o inconscientemente transmitida a las hijas pequeñas. Es un hecho asociado a la condición de ser mujer. Eso es muchísimo más complicado, es lo contrario de la situación masculina, donde la inseguridad y el miedo son lo opuesto a la condición esperada, lo contrario a la expectativa. Es decir, tu “masculinidad plena”, entre comillas, evita tenerle miedo a la calle. Se supone que los hombres están en la calle, y si uno no anda en la calle, se da por sentado que algo externo está impidiendo que eso ocurra. En el caso de la mujer no se está impidiendo que se desarrolle la plenitud de la feminidad, sino que la inseguridad es algo que va asociado a lo femenino de antemano. Eso nos genera un tema en extremo complicado, y es que reducir la inseguridad masculina simplemente pasa por eliminar las causas puntuales que impiden la realización de algo esperado. O sea, si yo reduzco el crimen, si reduzco los titulares, si reduzco el discurso de la derecha, *ergo*, voy a tener una reducción de la inseguridad masculina. Pero eso no va a ocurrir con la inseguridad femenina, o al menos no va a ocurrir en el mismo grado.

Lo que importa aquí es la transformación de las expectativas y forma en que el género femenino es construido, y eso es un proceso de más largo plazo. En ese sentido, la lucha por la reducción de la inseguridad femenina excede radicalmente el ámbito de la seguridad ciudadana, o de la prevención o de la criminología, y se acerca mucho más a una lucha político-cultural relacionada con la reducción de la desigualdad de género y con la forma de construir el género.

Un tercer punto que es interesante y que introdujo Olga en el texto, es la idea de que la seguridad ciudadana es responsabilidad de todos: la coproducción de la seguridad. En ese sentido, entendemos que la ciudadanía tiene una responsabilidad en su conjunto por mejorar las condiciones de seguridad de la ciudad en que habita. Eso me parece muy bien, porque decimos “no es sólo represión, no es sólo políticas preventivas, sino que aquí lo que necesitamos es que la gente se haga cargo de la ciudad, se haga cargo de las condiciones de inseguridad”.

Ahora, creo que es necesario clarificar un poco, porque decir “la responsabilidad es social y es colectiva” es muy fácil, y quizá nos puede llevar a políticas públicas muy vagas. Entonces, “hagámonos cargo todos”, ¿y qué es hacerse cargo? Entonces, se obliga a las personas a usar los parques. Es medio complicado. Creo que la discusión hacia delante es clarificar responsabilidades: ¿qué entendemos por coproducir la seguridad? En ese sentido, si reconocemos —como lo hace Olga— que la inseguridad de los hombres y la de las mujeres en el espacio son

distintas, deberíamos concluir también que las responsabilidades para ambos géneros también debiesen ser distintas. De ahí que la gran pregunta de discusión hacia delante es: ¿cuáles son las responsabilidades que cada uno tiene o que cada uno tiene que asumir en la construcción de un espacio más seguro?

Un cuarto tema que me llamó la atención tiene que ver con la distinción entre espacio privado y espacio pública, una distinción clásica de las ciencias sociales. El espacio privado es el espacio de —llamémoslo— la dominación, mientras el espacio público es el de construcción de ciudadanía, del encuentro con el diferente, espacio de la acción pública. Tanto, que en el marco de esta distinción se ha sostenido sistemáticamente que lo propio de la masculinidad es la producción, es decir, la acción en el espacio público; mientras que lo propio de lo femenino sería la reproducción, es decir, la contención en el espacio privado. Ahora, desde mi punto de vista, Olga nos propone una reflexión que es central, que es decir “en una sociedad como la nuestra, el espacio privado tampoco es el espacio de las mujeres”. O sea, finalmente en una sociedad capitalista patriarcal, como la que tenemos hoy día. Si uno dijera “el espacio público es de los hombres y el espacio privado es de las mujeres”, sería hasta justo, uno para cada uno. Pero la verdad es que no es así tampoco. Y dado que no es así tampoco, Olga nos plantea algo que es bien interesante, y es que el espacio privado también se convierte en un lugar de encierro y violencia para las mujeres, especialmente para la mujer popular, que carga con la doble discriminación de ser pobre y ser mujer. Más aún, Olga nos propone que si bien lo público y lo privado son espacios distintos, analíticamente diferenciables, en los que priman lógicas de acción diferentes, de hecho los comportamientos y las experiencias que ocurren en cada uno de ellos contribuyen a moldear lo que va a suceder en el otro. Finalmente, lo que quiero decir es que las personalidades no son esquizofrénicas. Si bien hay roles, si bien hay espacios diferenciados, si bien hay lógicas de acción diferentes, las personas son las mismas en ambos espacios. Las experiencias que yo viva en el espacio privado o la forma en que enfrente el espacio privado van a decir mucho de cómo voy a enfrentar el espacio público. Y lo mismo al revés. En ese sentido, esta separación analítica entre ambos espacios, en este plano al menos, tiende a diluirse. Y en ese sentido, rescato de nuevo el llamado a la integralidad que hace Olga. Las políticas de seguridad deben entrar al hogar y a las relaciones domésticas también. No hay ninguna posibilidad de que los dos planos queden separados.

Un último tema que me llamó la atención, que va muy conectado al anterior, es la idea del espacio público como desahogo de la intimidad. En un primer momento quedé atónito con esto, porque Olga nos había dicho “mira, vamos a diluir la distinción entre el espacio público y el espacio privado”, y después dice “no, vamos a volver a poner la muralla y vamos a decir que saltar al espacio público es un desahogo temporal de lo privado”. Frente a esta idea de desahogo en lo público, tengo la impresión de que más que reintroducir la idea de dos compartimientos estancos —lo público y lo privado, que pueden ser vistos como algo separado—, lo que Olga nos propone es una línea continua entre lo público y lo privado. Uno podría decir que hay un polo que sería la intimidad del dormitorio, mientras que el otro polo sería el Estado. En esa línea continua fluyen muchos grises, fluyen muchas situaciones intermedias. En ese sentido, valdría la pena indagar sobre estas situaciones grises, y preguntarse dónde se desahoga la persona de su intimidad. No se va a desahogar de su intimidad con la promotora de la Isapre, o no se va a desahogar al servicio público —aunque a veces sí con el asistente social, porque hay un grado de confianza—, pero finalmente esa función de desahogo ocurre en un espacio intermedio que no es propiamente privado y que no es propiamente público funcional —llamémoslo así—, sino que es el espacio del barrio, que es un espacio de confianza, un espacio de comunidad. Es un espacio en

buena medida controlable, en el cual se pueden dar relaciones funcionales de intercambio, de “préstame el azúcar”, pero también se pueden dar relaciones afectivas y emocionales. Entonces, este espacio de barrio es el muro de contención entre una intimidad que aparece como agobiante y una estructura funcional de la sociedad que también aparece como agobiante. Sobre todo en los sectores populares, a la vecina le cuento no sólo los problemas que tengo con mi pareja en mi casa, sino también los problemas de cesantía, los problemas que tengo en el trabajo, etc.

Ese espacio de comunidad en el barrio me parece una intermediación poderosa entre esos dos planos, lo público y lo privado, que aparentemente se veían como separados. El desahogo de la intimidad no es en el desconocido, en el radicalmente otro, sino en el espacio supuestamente protegido del barrio, de la comunidad y la afectividad. En ese sentido, uniendo este proyecto con otro proyecto que lleva adelante SUR, la recuperación del barrio como espacio de intermediación es central. Se hace central generar un espacio en que las personas se sientan lo suficientemente seguras como para permitir esta intermediación. Eso es especialmente importante —no sé si leyeron “la insoportable levedad del ser”— para aquellos que están encerrados en la pesadez de la intimidad. Las relaciones sociales serían livianas y las relaciones íntimas serían evidentemente pesadas. Si yo vivo en relaciones pesadas todo el día, finalmente tengo que desahogarlas en algún lado, tengo que vaciarlas en un espacio. Ese espacio de vacío que parece ser más apropiado, es el barrio. Es un espacio de confianza que se ve completamente desvirtuado si ese barrio pasa a ser el plano de la desconfianza.

En la universidad acabamos de terminar un estudio de distintos conjuntos de vivienda social, sobre redes sociales y capacidad de organización. Vimos cómo uno de los temas centrales es la forma en que la violencia impacta en las relaciones de confianza. Lo primero que tenemos es que el momento en que hay tráfico de droga, en las preguntas “¿usted le confiaría su niño a un vecino?”, o en todo ese tipo de preguntas, baja radicalmente la respuesta favorable. La violencia a nivel de barrio lo que está haciendo es eliminar ese muro de contención, o “muro de los lamentos” que está entre lo privado y lo público. Ese muro de contención en otro tiempo fue la familia, la familia numerosa y extendida. Hoy día esa familia numerosa y extendida no existe. Ese muro de contención, para quienes lo necesitan, en algunos sectores está siendo el barrio, y ese barrio está siendo carcomido o destruido.

OLGA SEGOVIA: Agradezco el comentario de Rodrigo. Me parece muy interesante, un gran aporte. Yo creo que este ámbito temático cruza muchas cosas. Particularmente dos cosas me llamaron mucho la atención de lo que tú planteas, de la legitimidad con relación a la apropiación excluyente o no de cosas o espacios. Me pareció que lo importante era rescatar la legitimidad del uso del lugar, de los espacios. Es algo cultural; por lo tanto, es un proceso de conquista, de cómo te legitimas o no en los lugares. Ese punto me pareció interesante, ahí hay un tema de género enorme. Estamos discutiendo esto hoy día y hace cincuenta años los espacios eran otros, la relación era otra, la convivencia era en otros lugares. Por lo tanto, también eso iba determinando una manera de vivir la ciudad, de vivir las relaciones de intercambio en el barrio.

RODRIGO SALCEDO: Se me acaba ocurrir que eso de la legitimidad de los espacios realmente ni siquiera tienen que ver con los niveles de seguridad que existan. Me explico: la barra brava. La barra brava es un lugar profundamente inseguro en Chile, pero es un lugar legitimado para la presencia de mujeres. Es un lugar muy inseguro, pero es un lugar en el que la presencia de la mujer está legitimada, absolutamente. Las bandas de narcos también tienen presencia femenina

legitimada. Entonces, ni siquiera eso es un problema de sólo decir “eso es inseguro”. Es como dices tú: tiene mucho más que ver con conquistar espacios, con reducir las desconfianzas...

OLGA SEGOVIA: Exactamente. Bueno, abrimos el debate.

PALOMA ABBETT: A mí me llamó la atención, con respecto a lo que tú planteaste sobre la inseguridad como proceso aprendido, la posibilidad que tenemos de transformarlo si, por ejemplo, en educación se trabajara el tema. Por ejemplo, en el área de Historia hay un programa en tercero medio que se llama “realidad nacional”, un curso optativo, donde uno puede trabajar la ciudad. En un ejercicio que hicimos en clase con respecto a la utilización de los espacios públicos —los jóvenes de mi curso tenían alto consumo de alcohol, muy legitimado su uso—, hablaban de este apoderamiento de la plaza de su barrio y de cómo a ellos les molestaba mucho que los quisieran sacar, porque era su lugar. Es muy difícil hacer ahí un trabajo de empatía, de hacerlos pensar que esa plaza también la ocupan los niños y los abuelitos. Entonces, la posibilidad de modificar ese proceso aprendido se basa un poco en legitimar la heterogeneidad de los espacios y permitirlos. Sin embargo, pareciera que culturalmente estamos pensando en que si yo tengo un espacio, o puedo ejercer mi poder dentro de ese espacio, lo voy a hacer, porque es como la única forma que tengo de ocuparlo, imponiéndome. En esto, he visto el poco diálogo que se produce. Me sorprendían las respuestas de los alumnos, porque con mucha rabia hablaban de la gente mayor, de los niños, de cómo ellos les impedían la utilización de algo que consideraban como propio.

Hay, entonces, varias formas de aprender que podríamos trabajar en las escuelas, que, entre paréntesis, son lugares sumamente condicionados por las relaciones de género. Ustedes piensen: en el patio del colegio, en el centro juegan los niños a la pelota y las niñas están todas jugando alrededor. También en el lugar donde nos paramos las profesoras o los profesores, la dirección, etc. hay todo un símbolo; pero cuando uno lo comenta dentro de los colegios, no se percatan de estos tremendos símbolos que permitimos a través de la propia arquitectura y de cómo hacemos funcionar los colegios.

RODRIGO FUENTEALBA: Es curiosa esta situación para un periodista, porque venía a reportear, pero veo que ahora puedo opinar [Risas]... cosa poco habitual. A mí me llamó la atención cuando se refirió Rodrigo Salcedo al tema de esos dos clichés, uno el que el tema de la seguridad tiene que ver con los medios, y que los altos niveles de temor se le atribuyen a los medios que publican muchas noticias policiales y violencia; y el segundo cliché, que habría un sector político que promovería este tema de un modo alarmista, una derecha populista. Yo pienso, y quizás en eso represento la visión de Radio Tierra, que nosotros tenemos como proyecto comunicacional democratizar las comunicaciones. Entonces, por un lado pienso que efectivamente es un cliché atribuirle sólo la responsabilidad a los medios; pero, por el otro lado, los medios muchas veces son reproductores de esas formas aprendidas de miedo y de inseguridad. Eso, curiosamente, no es visible, no se denuncia. Los medios, por ejemplo, reproducen esas inseguridades femeninas de las que se hablaba. Eso sí que es reforzado por los medios, más allá de que se den noticias policiales: es la forma en la que se enfoca esa realidad, es la forma en la que se la construye. Como propuesta, nosotros queríamos instalar una reflexión en la radio —con todas las limitaciones que tiene—, para mirar estos temas desde la política.

También está el discurso de la delincuencia, que sería la otra causa de la inseguridad. Al respecto, se puede decir que hay una visión masculina del problema de la violencia y la

delincuencia. Hay que ir más allá de estos clichés, aunque tienen algo de cierto. En ese sentido, en los medios de comunicación hay un problema hoy en día. Hay una teoría, por lo menos, de que los medios de comunicación —por ejemplo, las radios o ciertos diarios— fueron en algún momento espacio público, en términos de que se referían al público. Pero luego vino una época de segmentación de los medios de comunicación: todas las radios tienen un *target* y van al grupo socioeconómico tanto, a la edad no sé cuanto. Por lo tanto, reproducen también esa segregación, y cuando abordan el tema de la inseguridad, lo hablan para el segmento al que están hablando. Por lo tanto, se pierde el sentido de lo público en los medios de comunicación. Así, más que bombardear con noticias sobre delincuencia, lo que hacen es reproducir esa segregación y esas formas aprendidas del miedo.

Esa sería la reflexión desde los medios que se debería hacer, porque no hay una política pública sobre los medios de comunicación y su relación con estas materias, con el género.

RODRIGO SALCEDO: Respecto de lo que dijo Paloma en referencia a la cultura juvenil, quería plantear una perspectiva distinta de verlo. Los “cabros” de la esquina quedan como los malos de la película... son los malos de la película, porque en realidad no dejan jugar a nadie y se apoderan de las plazas. Pero finalmente los “cabros” de la esquina están en la esquina no porque sea súper “choro” estar en las esquinas, sino que porque es muy caro ir a un *pub* a tomarse un trago. Tiene que ver también con cómo la sociedad entrega espacios que pueden ser apropiados excluyentemente. O la sede social, por ejemplo. La sede social se la apropian todos los vecinos de un determinado lugar, pero si vienen los vecinos de al lado a usar la sede social, tú legítimamente les dices “no use mi sede social”. Bueno, los jóvenes de las esquinas no tienen “sede social”, la sede social pasa a ser la plaza. Entonces, hasta qué punto —y hay algunas experiencias interesantes en La Legua y en otras partes— se puede hacer una entrega de espacios razonable, que puedan ser utilizados. Finalmente, la apropiación excluyente en muchas cosas lo que expresa es frustraciones propias.

OLGA SEGOVIA: Me ha sorprendido, o no sé si la palabra correcta es sorprendido, pero me llama mucho la atención esto de que en los sectores populares, con muchos problemas económicos, sociales, etc., haya una fuerte tendencia a esa apropiación excluyente, a que no es legítimo que el otro esté, o que yo soy de esta cuadra y no soy de la otra, o que este grupo está o no está. Hay una fragmentación que se va reproduciendo, y que tiene mucho que ver y que se expresa muy fuertemente en el espacio, en esa necesidad de marcar un territorio, y a la vez, producir rechazo hacia otro. Creo que ahí hay un tema interesante y complejo sobre cómo se da en un barrio el intercambio, el traspaso entre lo público y lo privado. Tú vas y vuelves, te retroalimentas, etc. Pero cuando se corta eso; cuando por una apropiación excluyente no hay la posibilidad de un uso más o menos legitimado del espacio fuera de la vivienda, te encierras en la vivienda. Al encerrarte en la vivienda, están también la violencia y el hacinamiento. Así se va potenciando esa sensación de desconfianza y de violencia. Y al revés, ¿cómo puedes tú romper esa dinámica, que es súper perversa? Por ejemplo, las mujeres se encierran con los chicos y no salen a jugar, porque está toda esta cosa con los grupos, por el temor y la violencia —en muchos casos, real—, y se encierran en un espacio que a su vez es violento, es restringido, es limitante... es chico. Se va reproduciendo esa auto-reclusión, por así decirlo. Al revés, ¿cómo tú creas un espacio de confianza, de intercambio?

PALOMA ABBETT: Yo quiero comentar una cosa con respecto al espacio que a mí me había llamado la atención cuando trabajaba con los estudiantes, referida a la percepción que ellos tienen del espacio. Para la mayoría, el espacio pasa a ser lo que tienen en la casa, el barrio, esa plaza y la escuela. Pero cuando uno toca la temática del espacio público, ese espacio público no es reconocido. Por ejemplo, una vez me reclamaban que ir al teatro e ir al museo es muy caro. Y yo les dije: “¿Ustedes no saben que todos los museos de Chile los días domingo son gratis, por ejemplo?”, o que existe un café literario, etc. Hay espacios que podrían ocupar ellos. Reclaman porque, como decías tú, ir a un *pub* es muy caro; ellos ven que hay otras instancias de socialización que también son muy caras. Pero pasa por un desconocimiento de ciertas cosas. La mayoría de mis alumnos eran de la comuna de La Cisterna, de Pudahuel, Puente Alto, etc. Una comuna como Ñuñoa era algo que no estaba en sus referentes, algo que casi ven en la tele solamente. Por eso está esta idea de cómo podemos aprender a ocupar los espacios, trabajar los espacios. Aprender qué implica ese espacio es algo súper complejo, porque la concepción que a lo mejor gran parte de la población tiene de espacio es una cosa muy reducida.

ALFREDO RODRÍGUEZ: Rodrigo dice que el espacio público no existe, no hay. Es decir, el espacio público alguien lo controla. Es un espacio en disputa. El espacio público es un espacio burgués. Entonces, efectivamente, yo creo que no hay un espacio público *per se*, no hay. Eso creo que lo estabas diciendo muy bien. No hay. La gente al usarlo, lo conquista.

MARISOL SABORIDO: Hay varias cosas que quisiera comentar. Una, es que así como tú hablas de transformaciones en la ciudad, a mí me parece que tenemos que avanzar en la lectura de las transformaciones respecto a cómo se construyen los géneros y los roles. Me parece que estamos en presencia de unos cambios fundamentales y contundentes respecto de lo que significa, genéricamente, ser mujer y ser hombre. Pero debajo de eso no hay tal categoría. Si no hay espacio público, tampoco hay tal categoría de mujer o tal categoría de hombre, sino que hay “las mujeres” de tales edades, cruzadas con variables de clase, de etnia, territoriales, etc. Necesitamos llenar de contenido esa construcción mucho más específicamente, porque si no, me parece que seguimos cayendo en generalizaciones y estereotipos que ya dejaron de ser. Esa es una primera inquietud que me surge.

Similar a eso, me parece también que cuando hablamos de inseguridad ciudadana —o seguridad ciudadana—, de violencia en la ciudad o de percepción de violencia y temor en la ciudad, ¿de qué ciudad estamos hablando? ¿Cuáles podrían ser eventuales explicaciones para la violencia o la percepción de violencia en la ciudad? Como arquitecta me parece una cuestión de escalas. Es decir, ¿cuál es la ciudad en que yo vivo?, ¿cuáles son los recorridos y los alcances, los circuitos a los que llego? ¿Hasta dónde la violencia hoy día es más fuerte en la ciudad, o no? ¿Cuáles eran las violencias de otros momentos históricos en la ciudad?

Entonces, para no hablar de manera tan general, comparto las reflexiones de Rodrigo en el sentido de que entremos en una escala particular y hablemos más específicamente del barrio. Ayer, justo conversábamos en una reunión sobre cuáles podrían ser los nuevos contenidos de la inseguridad y la violencia en los barrios...

OLGA SEGOVIA: También el tipo de barrio.

MARISOL SABORIDO: Claro. Por ejemplo, los 300 barrios seleccionados, estos 80 programas seleccionados en la Región Metropolitana, que no son en muchos casos, precisamente, barrios

como espacios de confianza. Ahí viene la profundización del drama, en el sentido de que la vivienda es precaria, es de reducidas dimensiones, congrega muchas veces más de un hogar. Ninguno, ni hombres, ni mujeres, ni adultos, ni jóvenes, ni viejos, tienen los espacios necesarios para ese desahogo del que tú hablabas. Por otro lado, el barrio también se vuelve un espacio de desconfianza. Se vuelve un espacio de desconfianza, fundamentalmente atravesado por la cuestión de los narcos, del tráfico y microtráfico, la asociación de eso con la delincuencia, con la cesantía y los problemas de empleo. Entonces, estamos sin espacios de desahogo posible, en muchos casos. Ahí hay un círculo vicioso muy complejo. Este desafío de construir lazos de confianza en el barrio, en su traducción social y en su traducción espacial, es un desafío bastante complejo.

Yo, por ejemplo, estaba pensando en Santa Clara. Ahí hay categorías que se desarmen, porque es un barrio que termina y tiene al lado un hoyo, una depresión enorme que es un botadero, un basural. Pero también es un lugar donde las chicas, mujeres de 12 a 15 años, se prostituyen por quinientos pesos. Entonces, no estamos hablando de mujeres que están recluidas en el espacio privado, pero están en un ejercicio en el espacio público que tiene connotaciones bastante complicadas. Estamos hablando de jóvenes, que no son “los jóvenes”, sino que un grupo: son los jóvenes que juegan fútbol —que son los sanos—, otro grupo son los jóvenes hip-hoperos, raperos y culturales... Esas fragmentaciones se reproducen. Entonces, estamos hablando de espacios no solamente segregados, sino que hiperfragmentados y territorializados. El mosaico es muy complejo y, por lo tanto, estas cosas gruesas que son tan interesantes, empiezan a tener contenidos y especificidades mucho más particulares y más complejas.

OLGA SEGOVIA: Un punto que me parece clave en términos conceptuales es el cruce entre esa heterogeneidad a la que te refieres, y que nosotros hemos comprobado (esa de que “yo soy de acá, soy esto, soy lo otro”), esa fragmentación, esa heterogeneidad, por un lado, y por otro la necesidad de legitimar esa heterogeneidad en términos positivos para que haya un intercambio. Pero percibo que esa heterogeneidad se está leyendo desde un punto de vista negativo, y tiene que ver con la negación del intercambio y la diferencia.

RODRIGO SALCEDO: Una cosa muy breve. Los barrios son más importantes para aquellos que están más encerrados. Nosotros hicimos una encuesta en tres conjuntos de vivienda social, igualmente pobres; todos partieron igualmente pobres en el año 99, uno en Las Condes, otro en Maipú y otro en Puente Alto. Una de las conclusiones obvias es que los de Las Condes tienen dos y media veces más ingresos hoy día que los de Puente Alto; esa es una conclusión más bien obvia. Una de las conclusiones que nos llamó la atención viene de cuando les preguntamos “¿cuánto sale usted de su barrio?”. En general, los hombres salen todos porque van a trabajar, pero más del 50% de las mujeres de Quitalmahue no salía nunca del barrio... barrio entendido como algo más amplio que “El Volcán”; era “Bajos de Mena”, que son 32 mil viviendas sociales, una cosa enorme, versus “El Bosque-La Villa”, que era prácticamente cero. Entonces, yo no quiero hacer una apología del barrio, pero finalmente es lo que me queda; no me queda otro espacio.

PAZ BARTOLOMÉ: Perdona, pero hay otros espacios. Hay zonas, sectores, donde existe el barrio. Está la televisión como tu confidente. De hecho, la televisión y la radio tienen programas dedicados a “resolverte” los problemas que tú tienes con tus cercanas. Hay programas de radio que se encargan de resolverte los problemas con el vecino, hay programas de televisión que se

encargan de resolverte los problemas con tu enamorado. “Pasiones”, la Radio Corazón, da lo mismo. Pero es un espacio público que tú tienes metido en tu pieza, sin que tú tengas que moverte, sin que tengas que salir de tu casa. Considerando el peligro, o la sensación de temor, de repente una salida es prender la televisión, conectar a los niños a la televisión, conectar a las mamás a esta televisión que te habla de los problemas que, aunque tú no los tengas, los solucionas para gente igual a ti. Yo creo que nunca en la historia de la televisión chilena la gente se había sentido tan representada con los programas que hay ahora: “Pasiones”, “Diario de Eva”, “Hola Andrea”, “Hola Eli”... Hay un espacio, que es espacio íntimo-público, que no tiene una definición. Ahí es cuando uno llama al teléfono. Por distintas razones uno escucha el programa, y te das cuenta de que la gente es capaz de hablar de la sexualidad más complicada. “El Chacotero” es casi un arquetipo, pero hay un programa en que hay un doctor serio que le explica al otro lo que tiene que hacer; o está “Pasiones”, que se mete con la cámara a tu oficina para que tu polola, que tú pateaste hace un mes porque te puso los cuernos, hable contigo. Ese espacio, ¿dónde cabe? También es violento, si tú te sientas en tu oficina y aparece un animador de televisión con una cámara y te dice “oye, tu polola, que te puso los cuernos con tu hermano, quiere reconciliarse”. Y si tú estás escribiendo un memo súper importante, ¿qué pasa? Hay una violencia que pasa por la tecnología, que está mediatizada por la tecnología.

Estamos hablando de la distinción de espacio público y espacio privado, pero hay una parte que tiene que ver con la tecnología, que no está considerada y es súper agresiva. Es agresiva la televisión. Una mamá conecta a sus hijos a un canal de televisión a las cinco de la tarde porque tiene que planchar, porque tiene que cocinar, porque está esperando al marido o lo que sea. Lo hace sin ningún filtro. O sea, se habla de que no se le dejaría el hijo al vecino, pero sí dejarías a tu hijo frente al televisor sin preocuparte de que el programa “Pasiones” habla de cosas insólitas. No hay filtro. La televisión y la radio irrumpen en este pseudo espacio privado de manera muy agresiva. No sé si violenta, pero sí agresiva. Copan tu ocio, tu rato de ocio o el rato de distancia que pueden tener las mamás, legítimamente, respecto a sus hijos. Eso no está considerado en ninguna parte; está considerado en estudios de alto nivel de los medios de comunicación, pero no en lo que se trata de la vivencia de la ciudad.

VERÓNICA DE LA O: No es específicamente acerca de los medios de comunicación. Pero yo creo que todas las últimas intervenciones, desde Marisol en adelante, parten de la base de que la intimidad, el hogar, la casa, no es esa cosa bonita, esa protección, esa cosa en que yo estoy bien. Eso es por diversas razones, ya sea por violencia intrafamiliar, porque está la mujer sola con los niños todo el día y lo único que quiere es matarlos... Sobre todo en los sectores populares efectivamente se da eso de que la mujer está sola adentro. El barrio no es esta cosa de barrio ideal, del “vamos a salir”. Yo no sé bien como, pero aparece la importancia de que, en especial las mujeres, necesitan salir, sobre todo las mujeres que están encerradas, que no trabajan. Ahí, efectivamente, la casa se puede convertir en una cárcel, y puede ser una cosa muy violenta; no solamente porque el hombre le pega a la mujer, sino también porque la mujer le puede pegar a los “cabros” chicos. Necesita escapar de alguna manera. Yo creo que el desahogo del cual se ha hablado acá es bastante importante. Yo no sé bien la manera, pero creo que debe existir alguna salida, principalmente de estas mujeres, afuera, al barrio, ya sea a un grupo, ya sea a algo organizado, pero deben existir esas alternativas.

I1*: En el fondo hay una necesidad de intercambio. Cuando alguien queda encerrado en un espacio, sin posibilidad de intercambio, eso es violento.

VERÓNICA DE LA O: Acerca del tema de los medios de comunicación, creo que uno puede elegir prender o no prender la tele. El problema es que si tú estás encerrado en la casa, no tienes con quien más hablar, y entonces “bueno, prendamos la tele”. Tú también puedes cambiar de canal, no es obligación.

I2: Yo trabajé con mujeres pentecostales, específicamente de la Iglesia Evangélica Pentecostal. A mí me llama la atención esto de la válvula de escape que puede ser el barrio, que puede ser la televisión. Para estas mujeres no hay ninguna de esas opciones. De hecho, a ellas se les recomienda no tener televisión, y esta recomendación en muchas ocasiones pasa a ser tomada al pie de la letra. No tener televisión, no escuchar radio. Ellos se reúnen entre ellos mismos, sus familias son ellos mismos, se casan entre ellos, las mujeres se reúnen entre ellas. La válvula de escape, para estas mujeres, no es la televisión, no es el barrio. Ni siquiera tienen una noción de barrio. Yo me pregunto qué consejos se pueden dar, si para ellas la solución de sus vidas está en la Biblia. Ellas tienen un problema, abren la Biblia y ahí el Señor les dice cuál es la solución a su problema.

I3: No hay una interpretación de la Biblia, la interpretación es guiada por el pastor de las iglesias.

PATRICIA BOYCO: Y el pastor siempre es hombre...

13: El pastor es hombre, no hay ninguna posibilidad de que pueda ser una mujer la que guíe. La pastora puede ser, según la denominación de la iglesia, la esposa del pastor o una hermana del pastor. Esta hermana puede aconsejar, pero antes tiene que preguntarle al pastor. Ellos también son muy encerrados sobre sí mismos. Si uno les pregunta de alguna música, ellas no la conocen porque escuchan sólo los coros de la iglesia.

ALFREDO RODRÍGUEZ: Creo que hay un punto que aclara: cuando uno habla de violencia, pareciera que estamos hablando de violencia delictual. Cuando se habla de violencia en la ciudad, se habla de violencia urbana y aparece como violencia delictual. Pero estas son formas de violencia que hay dentro de la ciudad. Esa es otra de las confusiones que hay...

RODRIGO SALCEDO: Acerca de lo que decía Alfredo. Hay que definir “violencia”. Violencia pasa a ser todo lo que atenta contra la calidad de vida. Entonces, en nuestra encuesta en “El Volcán”, el promedio de tiempo de demora en llegar al trabajo es de 90 minutos. Promedio. Ubiquémonos en lo que estamos hablando, ¡hay gente que se demora 2 horas 20! Bueno, y eso determina que en “El Volcán” trabajen muchas menos mujeres que en los otros conjuntos que entrevistamos. Una mujer no puede tener cuatro horas y media para andar en micro. No son cuatro horas y media en que estás trabajando, son cuatro horas y media en que andas en micro. Finalmente, yo subentiendo, porque tengo la suerte de que no me pasa. Pero si hay que estar dos horas veinticinco minutos arriba de una micro, todos los días, se entiende que muchos opten por

* Los interlocutores(as) no identificados han sido señalados con una letra “I” seguida de un número. Puede que se haya identificado más interlocutores de los que efectivamente hubo, producto de que sólo por el timbre de la voz no se pudo identificarlos.

quedarse en la casa. La verdad es que el estrés con que tú llegas puede ser devastador. Eso es violencia, ¡es violencia andar dos horas y media en micro todos los días! Ahora, lo dramático e increíble es que hay pelotudos que *optan* por andar dos horas veinte en micro, y se van a ir a vivir pasado Colina, en el kilómetro 49. Pero hay gente que no tiene la opción, que está amarrada a vivir a dos horas veinte minutos de un centro de trabajo. Esas son violencias que la ciudad te genera, algunas de las cuales son transversales a ambos géneros y otras son más específicas para las mujeres. No son directamente ni delincuencia, ni violencia física. Entonces, por eso me pregunto, ¿de qué hablamos cuando hablamos de violencia?

14: Respecto de cómo se construye la violencia y como se va diferenciando entre hombres y mujeres, yo no sé si los hombres pasarán por algún momento de su vida en que sienten miedo sólo por ser hombres. Yo creo que si preguntamos aquí, a todas alguna vez nos agarraron el trasero o nos hicieron otra cosa en la calle. ¿O no? Eso pasa; hay una edad de las niñas en el colegio que llegan contando, llegan llorando. A mí nunca me ha tocado que me cuente un niño hombre algo así... Ahí hay una etapa muy marcada, en que las mujeres se tapan el cuerpo. Eso pasa por esta construcción relativa a cómo te desenvuelves en el espacio público. A lo mejor puede ser eso —ir al colegio y que te molesten en el camino—, lo que te va determinando. Esas cosas son así, como tú dices, ocurren en esos espacios tan cotidianos, tan chiquititos, tan imperceptibles. Andar en micro para una mujer es un tema. Hay muchas mujeres que se sienten muy incómodas de ir en una micro llena, por esa sensación de ser manoseadas...

OLGA SEGOVIA: O el temor a salir en la noche, estudiar en la noche, porque no tienes cómo volver.

Yo quería retomar algo que decía Rodrigo. Evidentemente, hay muchas formas de violencia, hay muchas formas de expresiones de la violencia. Esas expresiones se dan en distintos contextos, en distintas formas. Yo creo que eso es lo interesante de ir avanzando: ir distinguiendo cuáles son las expresiones de violencia. No son obvias, no son evidentes, lo que lleva a que se entienda por violencia sólo la delictual, que te agredan físicamente y te roben. En ese sentido, en términos de género, podríamos ver una violencia y una inseguridad que restringe el desarrollo pleno, la movilidad o la autonomía de las mujeres. Ya sea por temor, ya sea porque te da susto o porque tengas restricciones reales.

Otra violencia e inseguridad es el que se produce en ese intercambio no legítimo, esa apropiación no legítima de los lugares. Yo creo que por ahí tal vez podríamos seguir conversando.

PATRICIA BOYCO: ¿Existe un mapa que esté instalado en nuestras cabezas, o depende del lugar donde tú vives, depende de muchas cosas? A mí se me ocurre que las mujeres tenemos un mapa, que viene casi genético, que dice “no puedes andar por ese lugar, no puedes andar donde hay una construcción, no puedes andar en la noche”, etc. Eso no tiene nada que ver con que tú hayas experimentado la violencia efectivamente.

MARISOL SABORIDO: Yo no creo eso. Yo estoy por cuestionar esos estereotipos de género hoy día. Hay que mirarlo a la luz de la contemporaneidad, que te habla de otras cosas. Estoy muy convencida de que tenemos que hacernos nuevas preguntas respecto a ese ideario feminista de los 60. Me parece que estamos muy marcadas y atravesadas por la idea de que cuando hablamos de género estamos hablando de mujeres, cosa que, de partida, es un error conceptual y metodológico. Soy de las que creo que cada vez que hablamos de género, hay una cuestión de

contexto en términos de redistribución y reconocimiento. Es distinto ser mujer de 15 años, que ser mujer de 30, que ser mujer de 80; es distinto ser mujer de 20 años de la población “6 de mayo” de La Pintana, que ser la misma mujer de 20 años de La Dehesa, que no baja de Tabancura; o es distinto ser mujer urbana, nacida y criada en Santiago, que campesina.

No podemos seguir con estas concepciones y estas asociaciones tipo “espacio reproductivo femenino y espacio productivo masculino”. No es verdad eso. Hay miles de situaciones en la ciudad que demuestran lo contrario. Las mujeres ambulantes, por ejemplo, del mercado ambulante. Tienen una relación con la calle y cierta construcción de lo público, que es particular.

OLGA SEGOVIA: Creo que siempre la mujer ha sido atravesada por múltiples coordenadas. Lo que pasa es que hoy día la situación es más compleja, por esta fragmentación, estas múltiples identidades y todas esas transformaciones. Incluso por la cuestión de las nuevas tecnologías, los *chat*, los nuevos espacios. Entonces, en ese sentido, me parece que seguir hablando de la mujer, en grueso, como sujeto vulnerable y como víctima, es una cosa que hay que, a lo menos, cuestionar.

15: Estoy de acuerdo con lo que dice Marisol: estamos en una época donde las relaciones de género entre hombres y mujeres han cambiado, entendiendo las distintas situaciones, dónde se vive, etc. Pero no me parece que se pueda afirmar que ha cambiado tanto como para decir, finalmente, lo que dicen las feministas, que el sistema patriarcal cambió.

MARISOL SABORIDO: Yo no estoy diciendo eso, yo digo que hay que cuestionarlo, nada más.

PATRICIA BOYCO: Pienso que hay que introducir nuevas preguntas. Los hombres también tienen miedo a ciertas cosas, pero nunca una encuesta les pregunta a qué tienen miedo, porque no se le pregunta a un hombre a qué tiene miedo. Esa es una primera cuestión.

El tema de Olga era la convivencia. Si el tema es la convivencia, uno puede decir que la calidad de la convivencia está pésima, porque estamos arrinconados, porque la mujer cada día sale más a trabajar afuera, pero la hipótesis es que nos estamos replegando hacia adentro. ¿Qué pasa con el fenómeno más importante de las últimas décadas? Cuando la mujer entra al mercado de trabajo, ¿qué le pasa? ¿Qué pasa con el espacio privado? Entonces, si por lo que he escuchado, estamos viviendo mal, mi conclusión es, una vez más, que alguien se está beneficiando con eso. Para mí el tema es el de las relaciones de poder. Relaciones de poder económicas, que generan desigualdad, que se expresa en una ciudad inequitativa, donde hay guetos, y unas relaciones de género que están basadas en poder, que son como capas de cebolla que se van sumando y sumando. Hay algunos que están *recontra cagados* en esta forma actual de convivencia, y no somos nosotros que estamos acá. Porque gracias a nuestro estudio, la educación, nuestros padres, etc., podemos discutir.

Lo otro es que yo no idealizaría tanto el tema de los barrios. Los barrios se están convirtiendo en unos espacios muy violentos a partir de problemas globales: la droga, la delincuencia. Entonces, ¿qué convivencia está habiendo ahí? Yo no estoy tan segura de que las mujeres encuentren en el barrio, como hace años atrás, la salida normal, el lugar un poquito más ampliado, que si uno lo prolongaba tenía que ver con que podía ser concejala y después alcaldesa, etc. Vuelvo al tema de la complejidad, en términos de qué es lo que está pasando ahora con las transformaciones sociales y los impactos en la vida de las personas.

RODRIGO SALCEDO: Yo quería decir una cosa pequeña. Voy a hacer un análisis sociológico muy rápido de Santiago. Aquí hay dos zonas de Santiago que podemos llamarlas ultra-segregadas, que son Cerro Navia–Renca y Puente Alto–La Pintana. El resto de los pobres de Santiago, más o menos, a cierta distancia, deambula, tiene —poniéndonos sociológicos— unos C3 más o menos cerca, de repente se le cayó un ABC1. Pero si tú vives en los Bajos de Mena en Puente Alto, o vives en la zona de blocks en Cerro Navia, tus posibilidades de conocer a alguien que no sea estrato D o E son mínimas. Esa es una constatación inicial. En segundo lugar, las casas, guste o no nos guste —y de hecho con Alfredo hemos estado en otras peleas para agrandar las casas—, las casas son chicas. Finalmente, la calle, por más que corran balas, es la extensión de tu casa, te guste o no te guste. De hecho, hay estrategias. El otro día estuve en una tesis doctoral bien interesante, en una defensa de proyecto, sobre La Legua, donde mostraban que la gente decía que hay narcos buenos y hay narcos malos. ¿Cuáles son los narcos buenos? Los narcos buenos son los que avisan. Los que avisan que vienen las balas. Los narcos buenos van y avisan a todos, “oigan, vienen las balas, así que escóndanse”. La gente se esconde y hace su vida.

Lo que te quiero decir es que, lamentablemente, las condiciones de habitar que tenemos hacen que por más que el barrio sea un espacio violento, es el espacio aledaño a tu casa. Tienes que habitarlo aunque haya balas, y es muy jodido, muy complicado. Ese es el espacio que te tocó vivir. La gente lo habita. Tú vas a El Volcán y, efectivamente, a las nueve de la noche, cuando están los narcos a media cuadra, la gente todavía está afuera conversando. Y se fondea cuando vienen las balas, cuando la cuestión se pone muy espesa. Entonces, el punto es el siguiente: una cosa es idealizar los barrios y otra cosa es que, por más que el Programa de los Doscientos Barrios vaya a arreglar casas y todo lo que uno quiera, finalmente no va a cambiar radicalmente la situación de esas personas.

ALEJANDRA MARTÍNEZ: Está todo el tema de la segregación. Como tú dices, se vive en el barrio. Yo trabajo en Cerro Navia, en Las Viñitas, y tengo que salir a mi entorno inmediato, más cercano, con balas, con droga, pero son por lo menos los que yo conozco. Son los mismos “cabros” los que se drogan, pero por lo menos los conozco. Son “mis cabros”. Y los de Porvenir no los conozco.

OLGA SEGOVIA: Volviendo al tema de la inseguridad, de la violencia. ¿Cómo podríamos pensar en una estrategia para fortalecer esas relaciones en las que tú puedes preservar una convivencia mejor, en función de una mayor capacidad de autonomía y de realización de las mujeres? Si no se logra eso, también se va reproduciendo y rigidizando una serie de situaciones.

PATRICIA BOYCO: Yo creo que situaciones como la nuestra, estudios como los que están haciendo ustedes, señalan pistas de lo que debe ser. Hay que difundirlos más, darlos a conocer, socializarlos como se está haciendo ahora. Pero creo que una cosa son los tiempos de la ciudadanía, lo que nos pasa a nosotros día a día y las ansias que despiertan estos estudios y estas conversaciones nuestras; y otra cosa son los tiempos de la política pública, o de la política pública del Estado, que se demora veinte años en darse cuenta de lo que estamos diciendo, en convertirlo en política, en negociarlo con la derecha, o con la izquierda o no se qué, y sacarlo como ley. Necesitamos más Estado, porque estas ciudades, y todos los problemas que estamos conversando, son consecuencia de que esto no es dirigido por nadie más que por el mercado. Somos piezas útiles para ese modelo de desarrollo. Entonces, tampoco nos pasamos películas si decimos que los problemas de género y las relaciones de poder se exacerban cuando es la política

de mercado la que tiene que ganar. No hay ni democracia ni convivencia mejor si todo se guía por fines de lucro. Poder es el tema, el tema del poder.

I6: Me gustaría complementar eso. Finalmente, esos fines de lucro tienen que ver con los valores éticos. Hay un tema valórico que a mí llama mucho la atención y que creo muy importante. Usted señala que hay que organizar la diversidad local. Yo pienso que —ya se había tocado antes, en relación a la convivencia— la convivencia es con los otros y que el otro no es menos que uno, sino que es un igual frente al cual yo me voy a intercambiar. Ese, yo pienso, es un tema valórico importantísimo que cuesta todavía instalar. Es decir, cuando me refiero a los otros, no es como si hubiera un muro frente a los otros, sino que yo me puedo relacionar e interactuar con los otros. Pienso que ahí hay un tema valórico que apunta a una realidad de desigualdad que todavía no ha cambiado. Han cambiado muchas cosas, pero todavía tiene que cambiarse eso. Es un otro que yo tengo que respetar como otro, no lo puedo colonizar, para convivir no lo voy a convertir en un mismo yo.

PALOMA ABBETT: Sumado a todo lo que han dicho, otro lugar importante para trabajar el tema de recuperar los espacios públicos y la asociatividad entre los ciudadanos, es la escuela. Es fundamental formar ciudadanos para nuevas generaciones que sepan qué significa participación ciudadana. Rediseñar clases tan básicas, como educación cívica, darles un vuelco. Sin duda, la escuela —aunque mucha gente reclama que se le exige mucho a la educación, al escuela— es el lugar por el que obligatoriamente tenemos que pasar. Entonces, es un lugar importantísimo para trabajar estas temáticas y muchas otras.

La identidad se construye mucho en oposición a otro. Eso es lo terrible. Yo hice mi práctica en un colegio de Santiago centro, y en una clase se les preguntó a las niñas y a los niños qué cosas veían de la ciudad de Santiago. Lanzaron frases como que en Santiago los peruanos se reproducían como una plaga de palomas... Frases terribles, que a ti te sorprenden, porque se supone que son jóvenes. Por eso es que hago una acotación a lo que decía Patricia. Yo creo que a veces uno es bien optimista frente a las transformaciones que se han producido —bueno, depende del día en que uno ande [Risas]—. Yo tengo alumnas a las que les pegaban los pololos. Entonces, no sé, de repente este proceso de empoderamiento que necesitamos las mujeres, y en generar la población en Chile...

OLGA SEGOVIA: Es relativo.

PALOMA ABBETT: Sí. Tú hablaste de que la principal violencia la viven las mujeres. Quizás la principal insatisfacción de la convivencia se vive dentro del hogar. Me parece que ahí deberíamos trabajar, porque eso después se podría socializar. Ya la mujer se incorporó al trabajo, pero, honestamente, ¿eso qué significó de cambio adentro del hogar? Pensemos en la mujer de clase media, ella tiene triple jornada. Es la jornada laboral, es la jornada de la casa, algunas participan en otras cosas tienen, su tercera jornada. Entonces, esta incorporación, ¿cuánto ha afectado? ¿Ha afectado en que la mujer está menos en la casa, comparte menos con los hijos, que era lo que tenía que hacer? Pero las relaciones dentro del hogar, con respecto a las tareas del hogar, no se han flexibilizado. Entonces, creo que tenemos mucho que hacer. Ojalá que se puedan hacer estos enlaces entre política, acciones y las escuelas, porque de verdad me sorprende de lo autoritario que es el ambiente dentro de las escuelas. Ahí hay una serie de jerarquías —que el inspector de patio, que el no se qué, que la profesora jefe, que la no se qué—, es una cosa espantosa.

17: Yo trabajé, en mi práctica del año pasado, en un programa de convivencia de la Universidad Católica. Uno intenta hacer muchas cosas, hay muchas ideas al respecto, pero quizás las piedras de tope siempre está en los profesionales que trabajan en las mismas escuelas. O sea, cómo sacamos este modelo autoritario que rige las escuelas y que impide hacer un montón de cosas.

OLGA SEGOVIA: Quiero dar la versión optimista con respecto a eso. Nosotros hicimos un trabajo, hace un tiempo atrás, sobre construcción social y espacio público. Estudiamos varios lugares, y entre ellos la plaza que está en el Parque Forestal, detrás del Museo, donde están los malabaristas. Estudiamos qué hacían, cómo usaban el lugar, etc. Hicimos entrevistas y encuestas, además, a la gente del barrio. Los habitantes del sector del Parque Forestal son en general personas mayores de un sector económico bastante alto, con mucho acceso a la cultura. En un momento hicimos un *focus group* con las dirigentes y vecinos del Parque Forestal. Eran señoras y señores muy “bien”: que la ley, que qué horror, que los jóvenes, que atroc, etc. También trabajamos con otro parque, el Parque de los Reyes, que era bastante más popular. Finalmente, en la última sesión, hicimos un *focus group* con los dirigentes y participantes de los jóvenes malabaristas. Son casi 300 y usan ese espacio hace diez años, y vienen de todas las comunas de Santiago. Los juntamos en el mismo lugar, fue impresionante. Primero, no se conocían, tenían una cantidad de prejuicios muy grande, unos de otros. Las señoras encontraban que estos jóvenes o eran drogadictos o eran borrachos. Y ellos les contaban y les explicaban que ellos no podían ser borrachos o drogadictos, porque si fueran eso no podrían hacer lo que hacen. Eso, por ejemplo, una cuestión obvia. Ellas tampoco eran estas señoras horribles que ellos creían.

Esto tiene que ver con cómo crear esos espacios de intercambio. Este, quizás es un ejemplo tal vez extremo, de una investigación, pero es verdad. Cuando la gente en la población te dice “yo no quiero que los jóvenes anden en la calle, por esto y por esto”, finalmente también son hijos de sus vecinos, o pueden ser sus propios hijos, incluso aunque sean grupos que roben o que fumen droga. Entonces, ¿cómo romper esa incapacidad de tener un espacio de intercambio más legitimado?

PALOMA ABBETT: En una clase comenté —no sé si habrá sido bueno— que los “pacos” eran sumamente clasistas en este país. Si iban dos hip-hoperos y uno tenía el pelo más claro que el otro, se iban a llevar preso al más morenito. Entonces un alumno me dijo: “Pero si eso está bien *profe*, está bien porque es obvio que el moreno tiene más posibilidades de ser más delincuente que el otro”. De repente, ahí saltaron en la clase, y le decían “claro, te crees rubio”, le tiraban chistes. Después habló un alumno que era de la Garra Blanca, de la barra de un equipo de fútbol, y me dijo “sí *profe*, si es verdad. Por ejemplo, yo vivo en La Cisterna y en La Cisterna son todos delincuentes”. Yo les decía, “pero Sebastián, tú eres de la Garra Blanca, a ti hay gente que te discrimina con eso, y cuando andas con la camiseta cruzan la calle porque les das miedo, ¿y cómo tú me dices entonces que está bien que hagan eso?”. Ahí uno se da cuenta de que este estereotipo es difícil de trabajar. Uno habla de todo esto, pero poder trabajar con la diversidad es complicado. Por ejemplo, yo hice la práctica en un colegio público de la comuna de Santiago centro, y me sentí discriminada porque no me visto como hippie. Ellos creían que yo era cuica. Las profesoras creían que yo era cuica, y me lo hicieron notar: “¿por qué andas arreglada así?”, “¿por qué usas tacos?”. Hay cosas que uno dice, pero es muy difícil trabajarlas. Uno va aprendiendo, porque yo también tengo todo un discurso, y cuando me dijeron “cuica” me descoliqué, me sentí mal de que ellos tuvieran esa impresión de mí, y es complejo entablar un diálogo cuando te enfrentas con todos esos prejuicios.

OLGA SEGOVIA: Es complejo, pero el punto es cómo tú, de alguna manera, vas creando ese tejido, ese intercambio. Si no, es el temor...

PALOMA ABBETT: El lograr entablar el diálogo, que nos sentemos, que conversemos. Eso para mí es el primer paso. Por eso creo que hacen falta estas instancias de diálogo. Cuando participamos en el Foro Social, nos dimos cuenta de la necesidad de la gente de contar sus problemas, de desahogarse.

ALEJANDRA MARTÍNEZ: A propósito de lo que cuenta la Paloma, del niño de la Garra Blanca, es una situación que ya se naturaliza, que está siendo validada. Es lo mismo que pasa con la violencia. A mí me tocó una situación complicada en uno de los talleres de circo que se realizaron en Cerro Navia: maltrato de los monitores hacia los niños. Y resulta que los niños lo validaban: “¡Pero tía, tenemos confianza con el tío, así nos tratamos!” Porque, claro, la violencia está tan validada en sus casas, en sus barrios, que es una situación de confianza. No podemos permitirlo.

RODRIGO SALCEDO: Generalmente uno elige qué diversidad le molesta más que otras. Es una “chiva”. O sea [ironiza], yo soy súper incluyente, tengo amigos gay, tengo amigos bien *ultrones*, tengo amigos hippie, pero esa es mi diversidad... [Risas] Uno construye sus propios guetos, finalmente. ¿Cuál es la construcción racional? La construcción racional es “los otros tienen el poder económico, los otros tienen el poder real, entonces, *ergo*, yo me defiendo y me constituyo en gueto”. Si no hiciéramos eso, dado que el sector más progresista de la sociedad quiere mejorar la educación pública, la consecuencia razonable número uno es “pongamos a todos nuestros hijos en los colegios públicos”. Entonces, lo que yo digo es, “OK, primero eliminemos los colegios del Opus Dei, los eliminamos a todos y después eliminamos a los otros”. Es cierto. Si decimos que creemos en la diversidad, de seguro que los hijos de los sectores progresistas no están en colegios públicos, construyeron sus propios guetos, sus propias murallas. Entonces, no es una cuestión que uno le pueda tirar la primera piedra al otro.

I8: Hay que instalar la heterogeneidad como un valor positivo para la convivencia. Pero, por otro lado, valorar positivamente la diversidad se puede hacer desde la convivencia. En la convivencia yo valoro realmente al otro. Hay una cosa que va por los dos lados, no se puede privilegiar una por sobre la otra.

OLGA SEGOVIA: Volviendo al tema de la heterogeneidad y la convivencia, el punto es que esa convivencia y heterogeneidad se da en el espacio. Ahí volvemos al tema de la ciudad, de cómo puedes transformar el espacio en una dimensión que está interviniendo permanentemente, desde el barrio, desde la calle, desde que te encuentras o no, desde que puedes o no puedes estar, puedes salir a la esquina o no.

ALFREDO RODRÍGUEZ: Aquí, al principio partimos hablando de algo y se transformó en una cuestión de poder. Otra cosa es que nuestro invitado no ha querido referirse a que el espacio público es un espacio en disputa. Hay algún grupo o clase que lo controla y otro no... Está en disputa, es una lucha, es una pelea, es un conflicto. Nosotros estamos hablando de convivencia dentro del conflicto, no de convivencia de por sí —“vamos a ser todos amigos”—. No, hay conflictos de poder. Es una convivencia en la que hay conflicto, hay desigualdad. Se trata de que nosotros les queremos ganar a ellos, y vamos a ganar. [Risas] Después vamos a convivir. [Risas]

Eso es lo que hacen con nosotros, nos dejan convivir, pero ellos ponen las reglas. Estamos hablando de una cosa que no termina. Cuando estamos hablando de la ciudad, estamos hablando de una cuestión que siempre está cambiando y modificándose, y nunca se va a poder decir “esto va a ser así”. Es una disputa permanente, y los conflictos se multiplican. Por ejemplo, vamos a la cuestión urbana; en los años 90, Barcelona era un *descueve*, ahora no, ¿qué hago? Son cosas que van cambiando y hay mil actores, mil conflictos. Y estamos dentro de eso. Estamos dentro de un escenario muy complejo, con muchos actores, con muchos conflictos.

Entonces, en toda esta cosa urbana tiene que haber una crítica permanente. Nuestra posición tiene que ser crítica, porque la realidad va cambiando y tenemos que estar mirando cómo ocurre esto.

RODRIGO FUENTEALBA: Frente al conflicto, pienso que es importante la posibilidad de que haya medios de comunicación. Obviamente, en ese conflicto, donde hay intereses y donde los medios de comunicación son medios donde se legitiman esos intereses en conflicto, es importante la posibilidad de que haya medios de comunicación que den voz, que creen espacio público simbólico para los que están disputando ese espacio.

PATRICIA BOYCO: Quiero hacer un paralelo con lo que significa incluir el factor ‘género’ en el tema y la reflexión y el pensar la política pública respecto a los espacios públicos en la convivencia. Creo que estamos en una pelea contra un sistema que no lo quiere ver, que somos unas pocas personas que estamos tratando de enfocar el tema con esa perspectiva. Pienso que el problema máximo es lo que dijo Dolors Comas en una tertulia anterior: se trata de que ambos géneros compartan roles, compartan espacios, compartan responsabilidades sociales, y que sea natural un intercambio en esos espacios.

Pensar desde estos espacios de reflexión que la política pública pueda incorporar —con programas “máximos”, pero que en la práctica sabemos que son “mínimos”— alguna modificación que apunte estratégicamente a la alteración de roles, es casi una utopía. Es como el eslógan de los años sesenta, cuando se peleaba por una revolución proletaria. Era la revolución máxima a la que podíamos aspirar. Yo creo que el tema de fondo que nos guía, este tema de equiparación de roles, de equidad, de justicia y de convivencia, está muy lejos de nuestros sueños. Por lo tanto, el tema de plantearse frente a políticas públicas más equitativas y justas pasa por los mecanismos que tiene la política pública: agarra el problema, lo secciona, lo convierte en una vivienda social, salud, educación. Separa el problema y perdemos de vista el avance general de todos estos cambios acelerados, que nos pasan muy por adelante.

Yo insisto en que, sin ser feministas ni “feministas”, hay miradas más finas de las verdaderas revoluciones culturales a las que una apunta, que tienen como centro el ejercicio del poder. El poder, en nuestros países y en nuestras culturas, está desigualmente repartido. Nadie lo va a soltar. Por lo tanto, cuantos más espacios de convivencia, cuantos más sueños podamos identificar en espacios como este, más modelos van a avanzar como utopía.

ALFREDO RODRÍGUEZ: Bueno, con la intervención de Patricia damos por concluido este Taller. Muchas gracias a todas y todos por asistir y participar.